

En nombre de todas las Instituciones que constituyen
la Obra del Cgo. Luis María Etcheverry Boneo,
Presbítero *Angel B. Armelín*

Querido Padre:

Movido, sí, por la gratitud, el afecto filial y la amistad sacerdotal más entrañable, amasados durante veintidós años de mucho recibir, pero poniendo a Dios por testigo del deseo más sincero de ser veraz y objetivo, vengo a cumplir, ante tu tumba abierta, el difícil cometido de representar a quienes tuvimos el enorme privilegio de haber recibido más de cerca tus enseñanzas, tu ejemplo y los beneficios de tu acción sacerdotal, y como consecuencia, de habernos convertido, sin merecerlo, en los colaboradores más inmediatos de tu celo apostólico.

Se nos impone como un ineludible deber de conciencia, que nos da fuerzas aún para superar el profundo dolor y la emoción que nos embargan. Sentimos la necesidad imperiosa de dar claro y público testimonio de lo que durante años hemos vivido en el silencio de tu modestia. Ha llegado el momento de reivindicar tu figura grande, tantas veces postergada, olvidada, cuando no pretendidamente mancillada.

Tengo clara conciencia de no hablar sólo para los circunstancias. Ni siquiera para los contemporáneos. No hemos de adelantarnos al juicio de la historia, ni mucho menos al de la Iglesia, por la que entregaste tu vida. Tendrá el tiempo que darnos perspectiva y oportunidad para las manifestaciones del beneplácito divino. Pero no nos caben dudas de que es responsabilidad nuestra comenzar a dar elementos a ese juicio de los hombres y eventualmente al de nuestra Madre Iglesia.

Muchas veces nos recordaste el criterio del Evangelio: "por sus frutos los conoceréis..." Tú fuiste llamado cuando estabas aún en plena siembra, en los años de tu plenitud. Pero ahí está el testimonio de tu Obra en marcha. Y eso que no te tocaron precisamente sólo épocas de bonanza. Te tocaron para tu sacerdocio décadas aciagas de la historia del mundo y del país y también esta última que lo fue para la vida de la Iglesia. Tiempos de crisis, en los que todo está en disminución y no precisamente en crecimiento. En que como tú mismo lo afirmaste muchas veces, todo se pone en tela de juicio, todo se relativiza, todo se desintegra, tiempos de destrucción y no de construcción. Años estos últimos en que parecería haberse esterilizado la capacidad creadora, de las fuerzas del bien, en que parecerían batirse en retirada en los más diversos frentes o sólo ensayar atisbos de tímida defensa. En esta época te tocó avizorar el horizonte y ser piloto de tormenta. Ser gran estratega a la par que táctico para adecuarte a circunstancias vertiginosamente cambiantes. A la luz de esa realidad debemos valorar tus realizaciones.

Dentro de pocos días habrías de cumplir treinta años de sacerdocio. Si los fuéramos a contar por las horas de vigilia, muchos más. Durante ellos, a imitación de Jesucristo —en la que pusiste toda tu fuerza— fuiste maestro, sacerdote y conductor. A través tuyo lo fue el mismo Jesucristo, como que no otra cosa quisiste más que constituirte en cabecera de ese Puente que El es entre la Trinidad y los hombres.

Como maestro nos supiste transmitir con seguridad fiel la doctrina de siempre. Y por tu intermedio ella fue legítimamente desarrollada con vigor y envergadura, especialmente en el desentrañar y explicitar el contenido de la Palabra revelada para iluminar las realidades temporales. A poco de ordenado sacerdote, allá junto a la sede del Vicario de Cristo, en momentos también muy difíciles para la humanidad envuelta en guerra, volviste a la Patria y comenzaste la elaboración de doctrina y la docencia, en diversas cátedras del Instituto de Cultura Religiosa Superior —bajo la égida entonces de sus fundadores—; del Seminario Metropolitano de Buenos Aires que regenteaban los Padres Jesuítas, de los Cursos de Cultura Católica, el Instituto Católico de Cultura y la Universidad Católica Argentina; de la Acción Católica, los Colegios Universitarios y el Colegio San Pablo; de los Centros y Círculos de estudiantes universitarios, además de innumerables conferencias y cursillos y, sobre todo, además, de la cátedra sagrada —desde los primeros años en el Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia— y las numerosas tandas de ejercicios espirituales, hasta la de la Iglesia Catedral en tus recordados ciclos de conferencias cuaresmales.

Pero tu inquietud por la verdad no quedó en el campo de la especulación pura sino que te llevó incesantemente a la creación y la promoción de instituciones que dieran profundidad y permanencia a tu labor formadora de hombres y generadora de cultura, todo siempre al servicio de la gloria de Dios.

De tu iniciativa personal tuvieron origen el seminario San Agustín, en el campo de los intelectuales jóvenes; los Colegios Universitarios masculinos y femeninos —que además de la fructífera tarea realizada en forma directa sobre la juventud universitaria en Buenos Aires, significaron la incorporación definitiva de esa institución al sistema educacional privado en todo el país—; el Colegio San Pablo, que en el ámbito de la enseñanza primaria y media tiene ya no pocas metas alcanzadas, y significó también la apertura de un tipo de instituciones que no existía en nuestro medio.

Los Centros y Círculos de formación de estudiantes de Buenos Aires, la Obra San Juan María Vianney para sacerdotes, las Asociaciones de vida espiritual de uno y otro sexo, y en los últimos

años, la Fundación Cultural Argentina en Santa María de la Armonía y la Agrupación Universitaria Misión, completan el cuadro de las instituciones y obras que nacieron y recibieron decisivamente el influjo de tu impulso creador y los desvelos de tu paternidad.

Por encargo de la jerarquía eclesiástica, además de las delicadas funciones que te encomendara en la Curia Arzobispal de Buenos Aires el Eminentísimo Cardenal Copello, y de diversas Aseorías de la Acción Católica Argentina y de otras instituciones, diste lo mejor de tus energías desde 1946 en la Dirección de los Cursos de Cultura Católica, y posteriormente del Instituto Católico de Cultura. Desde allí luchaste con esfuerzo denodado en pro de la cultura argentina, en pro de la formación integral de la juventud universitaria de nuestra Patria, y al mismo tiempo, por el ideal largamente acariciado de la libertad de enseñanza en el país, y de una pujante universidad católica que reuniera y potencializara todos los mejores esfuerzos argentinos y estuviera capacitada para atraer e incorporar los aportes que fueran necesarios de otros países. Dios quiso que largos años de labor silenciosa vieran cumplidos tus anhelos cuando en 1958 llegaron a ser realidad la libertad de enseñanza y la Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires".

En ésta supiste postergarte al posponer honores, supiste asumir, en cambio una vez más, el trabajo duro y desinteresado. Y en ella también después de tres años de intensa actividad en el Consejo Superior, la Secretaría General y la Dirección de los Institutos de Ciencias de la Cultura y de Extensión Universitaria, supiste darnos un ejemplo más de renunciamento humilde y abnegado al servicio único y exclusivo de la gloria de Dios.

Entre los frutos de estos treinta años de vida sacerdotal: doctrina, instituciones... pero aún más: personas. No pocas recibimos de tu influjo sacerdotal, paternal y magisterial, un aporte decisivo en nuestras vidas. Y cuántas más si no su formación total, te deben al menos impulso, horizontes, orientación... No quiso la Providencia, que llegaras a dejarnos ya la versión escrita y editada de tu doctrina fecunda. Este es por ahora tu libro: esta gran familia en la que imprimiste muy hondo tus principios y tu escala de valores, con delicado respeto de las cualidades distintas personales, pero con la unidad que da el ser mismo de la realidad que enseñaste a aprehender y valorar.

Y si mucho te exigieron tu Obra y las personas encomendadas a tu vigilancia pastoral, muy lejos estuviste de sentirte ajeno o eximido de las grandes preocupaciones del mundo y del país. Sentiste muy hondamente el ser argentino, amasado en tu sangre por

largas y preclaras generaciones; amaste entrañablemente a la Patria y con respeto de la autonomía de sus realidades temporales, te desviviste por vigorizar su alma y hacerle sentir y ambicionar la grandeza. Vibrabas y hacías vibrar cuando dabas a nuestros muchachos el testimonio de la Argentina que otrora conociste y que soñabas volver a ver restaurada y expurgada de los gérmenes que la habían empequeñecido y desviado de su derrotero.

Y qué decir de tus desvelos por la Iglesia! Cuánto del deterioro de tu salud física, de tu cansancio progresivo de los últimos años, de las huellas marcadas en tu cara y el rápido blanquear de tus sienes se debió sin duda al sentir hasta la médula la enfermedad de la Iglesia. Y cuánto esfuerzo, no sólo en difundir la meridiana claridad de tu visión del problema, para orientar las mentes confundidas, sino en la acción denoda por poner remedio y requerirlo de quienes tienen la mayor responsabilidad de conducción. Muestra de ello fue en los últimos meses tu participación activa y decidida en pro de la concertación de fuerzas de lo mejor de los sacerdotes argentinos.

Y qué mejor prueba de fecundidad de tu sacerdocio, de bendición por parte de Dios, que la generación abundante al lado tuyo de vocaciones sacerdotales y religiosas, de almas generosamente entregadas al apostolado y a la contemplación.

Hasta aquí, una rápida reseña de tu obra realizada y visible. Cuánto queda velado en lo recóndito de las conciencias y en los recintos creados por tu modestia y tu prudencia! Cuánto de ello sólo conoce cada uno en sí mismo y cuánto más sólo lo conoce Dios...!

Y qué decir de tus planes y proyectos, de tus geniales concepciones que quizá en otro momento de la historia del mundo, del país y de la Iglesia, quizá con otros colaboradores, pudieron haber llegado a ser realidad...? Sólo nos queda detenernos ante el misterio de Dios: El te suscitó, te dió luz meridiana y fuerza impar... pero permitió también la aridez circundante, permitió que "las tinieblas no la recibieran" a esa luz, permitió, en definitiva, que tu obra en la tierra se interrumpiera mucho antes de estar finalizada, en muchos casos ni siquiera emprendida sino en pequeña proporción, en comparación con lo concebido por tu genio creador...

Por todo ello, lo realizado y lo concebido que quedó sin realizar en tu vida terrena, nos han revelado claramente en ti, querido

Padre, al hombre plenamente logrado, al caballero, al cristiano, al sacerdote, al hombre de Dios...

Al hombre cabal, que muchos apreciaron en ti por tu dotes naturales de excepción: el vuelo de tu inteligencia vigorosa y abierta, la firmeza de tu voluntad férrea, la finura de tu sensibilidad, tu señorío. Al hombre cabal, que muchos admiraron en ti por tu cultura, claramente manifiesta tanto por la profundidad y vastedad de tus conocimientos, como sobre todo, por las virtudes naturales adquiridas: tu humildad, tu capacidad de abnegación, tu generosidad y grandeza de alma, tu sencillez, tu don de gentes y tu profundo sentido de la amistad...

Pero es que todo ello en el plano natural no tiene explicación en el actual orden de cosas, sino porque por encima y debajo del hombre excepcional, estaba en ti el cristiano plenamente logrado. Tu rica naturaleza restañó sus heridas y se elevó a vivir el orden nuevo por virtud de una abundancia de gracia también poco común. Y tu Fe capaz de trasladar montañas te hizo vivir del modo más total, sin interrupción alguna y en todas las circunstancias la realidad de Dios, su Verdad. Y tu Esperanza sobrenatural fue el fundamento de tu confianza sin límites, de tu optimismo y alegría, de tu seguridad... Y tu Caridad fue el motor incansable que te dio el impulso para la entrega más total como instrumento de Jesucristo.

Y todo ello, desde tu primera juventud tuvo un sello definitorio: el de tu carácter sacerdotal. Todo fue en ti asumido instrumentalmente, todo fue eminentemente sacerdotal. Por supuesto que lo fue en los momentos privilegiados del ejercicio de tu misión pontifical: en el Santo Sacrificio y en la administración de los Sacramentos. Pero también lo fue en todos los momentos de tu vida. También en el descanso y la expansión; también en las acciones más pequeñas de la vida cotidiana. Así lo fue durante toda tu vida. Y así debió de serlo, por especial delicadeza de Dios, en el momento de tu muerte. Te llevó Dios a morir muy lejos, despegado de tu tierra y de los tuyos, desprendido de tus cosas y de los objetos de tus desvelos apostólicos. Ni siquiera una gestión te dejó Dios hacer en la Madre Patria. Sólo te llevó para morir. Para morir en las óptimas condiciones que permiten el silencio y la soledad con Dios.

Y ahora, ¿qué nos queda, Padre, ante tu tumba? Un vacío muy grande, sí. Un gran vacío sensible en nuestra Iglesia tan necesitada de luz y de vigor, en nuestro país vacilante y encogido, en tu Obra todavía joven e indigente de tu guía, en tu familia espiritual y, por supuesto, en aquella de la sangre, ... un gran vacío, en fin, en nuestras vidas personales... Una sensible orfandad... Por eso sentímos dolor ante tu tumba.

Pero nos queda también tu doctrina, el ejemplo de tu vida, tus planes y tus metas, tus banderas, tu Obra en marcha, la gente que formaste y que se siente muy unida y solidaria, esta gran familia —la que ya se congregó durante tu vida acá en la tierra y la que se irá formando tras tu imagen mejor comprendida y valorada—; nos queda tu conducción segura desde el cielo, tu protección, tu intercesión sacerdotal junto a Jesucristo y junto a su Madre Santísima, cuyo amor arraigaste hondo en nuestras almas.

Por eso nos animamos hoy, en este momento solemne en que despedimos esta materia que supiste hacer verdadero sacramento, a asumir el más formal compromiso de tomar tus banderas; de ser fieles a la doctrina de siempre y al desarrollo que tu impulso y tu genio supieron darle; amar a la Iglesia como tú la amaste y dar por ella nuestras vidas como tú la diste; de perpetuar la memoria de tu vida ejemplar; de esforzarnos por ser humildes y dejar a Dios que pueda obrar, aunque con peores instrumentos, lo que quizá por nuestra culpa no pudo obrar por tu intermedio; compromiso, en fin, de amar entrañablemente a nuestra tierra y a nuestro tiempo, y de empeñar todas las fuerzas que quieras obtenernos de Dios, para darle a aquélla la grandeza que soñaste y a éste el pronto resurgir de una alborada...

Querido Padre:

No te puedo decir que descanses en paz. La paz nunca la perdiste en la tierra. Y ya que al descanso no lo conociste, te pedimos que no acabe tu milicia aquí en la tierra. Has peleado, sí, "el buen combate". "Concluiste tu carrera..." Pero no nos puedes abandonar en medio de la lucha. Contamos con tu conducción y tu sostén. Los sentimos ya en estos momentos de la dura despedida.

Tienes tu premio merecido. Pero seguirás luchando con nosotros. Es por la gloria de Dios que nos enseñaste a querer por encima de todo. Es por el servicio de Jesucristo y de su Iglesia, por quienes ofrendaste hasta el último momento. Es por la salvación de las almas de nuestros hermanos los hombres. Resuena en nosotros tu lema paulino: "Instaurar todo en Cristo".

Y tu voz de aliento: "todo lo podemos en Aquél que nos conforta".

